

MERRY ENGLAND

(A propósito de las canciones inglesas)

«Dejamos hacer las canciones de un pueblo y os abandonaré sus leyes».

SI hay algún documento que refleje la imagen de un país, que nos narre su historia íntima, origen y causa de los grandes fastos nacionales, debemos irlo a buscar en la canción popular, el «folklore», palabra inglesa que sintetiza en melodías todas las ideas, todas las aspiraciones de un pueblo.

Se canta en la tristeza y en la alegría, y estos dos gráficos de la sensibilidad humana contienen, encuadrados en canción, todo un reflejo, en pequeño de la vida nacional.

Inglaterra, país de brumas y país de fríos, se encierra en el hogar, y si sus cantos populares no celebran el sol y los sonidos de la naturaleza, como en los países del mediodía, reflejan en cambio, sentimientos más preciosos, propios del intenso comercio humano, como ser asuntos domésticos o políticos, intereses materiales, hechos reales y fantasías del espíritu.

El pueblo inglés nació alegre a la vida, y su alegría ingenua y simple de los tiempos primitivos ha continuado, a pesar del puritanismo y del mercantilismo, en el «humour» actual en el que, envuelta en seriedad aparente, escondida tras la gravedad religiosa o material, la antigua alegría vive en ingenio nunca igualado, en «sense of fun», que descubre hasta en las más solemnes ocasiones el ridículo que siempre oculta el diario vivir.

«¿Recuerdas, amigo, aquella antigua y simple balada? Las viejas la cantan, hilando o tejiendo en la puerta de su casa y las jó-

venes la tararean en sus quehaceres domésticos. Es ingenua y verídica: respira la inocencia del amor y la simplicidad de los primeros tiempos».

• • •

Guillermo el Conquistador, junto con sus barones, trajo de Normandía a «Messire Taillefer qui moult bien cantoit», para que celebrara en melódicas rimas sus fastos guerreros. El hábil invasor aprovechaba, con esto, la afición popular a hacer política en versos. Ya en el siglo XIII se cantaban los beneficios de la Carta Magna, y las interminables guerras con Francia eran riquísima fuente de inspiración. Se canta la toma de Calais con la descripción de los famosos burgueses que fueron a entregar al rey Eduardo las llaves de la plaza. Se celebra la victoria de Azincourt y se lloran los reveses causados por Juana de Arco, en una pieza «sobre el descontento popular con ocasión de los últimos desastres en Francia».

En versos alegres también se criticaba a la Iglesia, como en el famoso couplet: «Mihi est propositum in taberna mori» y se ridiculizaba el diario vivir. Robin Hood y sus fascinerosos, las comadres de aldea, las fiestas de Pascua, todo era motivo de canciones ridículas y «merry men, merry wives of Windsor y merry Christmas» son apelativos simbólicos de esas épocas.

Vinieron la Reforma y el puritanismo y

trataron de destruir esa alegría: era ella una manifestación sospechosa, ya que no perdonaba la seriedad de las cosas santas y lo trascendental de la vida. Se llegó, en 1533, a proclamar la «supresión de las rimas, canciones, baladas y otras fantasías perniciosas».

Tratada como criminal, la alegría hubo de ocultarse en el fondo de los campos o en lo más interior de las hogares, siendo reemplazada oficialmente por arreglos tan extraordinarios como el que, para muestra, sigue:

John, kiss me by and by
And make me move ado;
The lord thy god I am
That John does thee call.
John represents man
By grace celestial...

y continúa en la misma forma, haciendo un enredo de cosas divinas y amorosas tan extraordinario como ridículo.

Un historiador de la época cita un rescripto policial que obligaba a los jóvenes y a las niñas a bailar dándose la espalda, «porque la mezcla de los cálidos alientos provoca la fornicación».

La gravedad oficial llegó, en tiempos de Isabel, al extremo de escribirse y cantarse una «curiosa balada dando breve cuenta de la muerte de catorce malos traidores en Lincoln's Inn fields».

Sin embargo, en la peor época del fanatismo presbiteriano, cuando los ejércitos republicanos de Cromwell avanzaban al son de la marcha de Marston Moor, impregnada de odio religioso, el pueblo ridiculizaba estas exageraciones y de la época es un famoso salmo de misericordia «hecho para ser cantado por la nariz», parodiando la salmodia nasal de los himnos religioso-políticos de los presbiterianos.

En las luchas de los Estuardos por recuperar el trono, las canciones populares volvieron a resurgir y de esa época son el famoso Lilli-burlero-Bullen-a-la, ridiculizando a Jacobo el pretendiente, *Charlie is my darling*, que se cantaba en los conciertos de la nobleza, en el mismo Londres y *God save the king*, que primitivamente era *God save great James*.

Juntamente con las canciones políticas se desarrolla el folklore popular, en que se cantan aventuras fantásticas o semirreales, baladas narratorias de los hechos de Robin Hood o Robin Goodfellow, bandido popular y caritativo, que merece los honores de la pluma de Walter Scott. Ningún inglés, cuando pequeño, se habrá dejado de emocionar con «Los niños perdidos en el bosque», vieja balada, reproducida en cuadros, grabados, piezas de teatro o representaciones de títeres.

La vida diaria en todas sus formas ha sido cantada en baladas, la vida del campo con sus «yeomen», las costumbres de la burguesía, los ruidos de las calles de Londres (*Buy a broom; cherry ripe*), las costumbres de los mercaderes, las aventuras de jóvenes trotamundos.

Pero lo que más ha sido objeto de canciones ha sido el mar, tan caro al pueblo inglés. La canción más popular en Inglaterra es un antiguo canto marino, «Rule Britannia».

«Cuando Inglaterra, a la voz del Todopoderoso emergió del azul de los mares, recibió el imperio de las olas, y los ángeles la saludaron con este canto: ¡«Reina, Albión, reina sobre el océano, porque los británicos no serán jamás esclavos».

Hay una verdadera historia marítima de Inglaterra para ser cantada. La Armada invencible y las proezas de Drake; el combate de la Hogue, Nelson, todo es cantado con riqueza de detalles, porque los hechos del

mar son para los ingleses algo íntimo, que se acerca a la vida diaria, tan llena para ellos de ese elemento.

Esta fascinación del mar es tan grande que la mayoría de las canciones folklóricas se refieren a él: romances de amor y de aventura, poemas como *The Sea*, popularísima canción en que el alma inglesa se le asimila:

«¡El mar, el vasto mar, azul, fresco, sin límites! Ondea alrededor de los continentes, ya amenazando al cielo, ya mecido como un niño en la cuna».

«Estoy sobre el mar, donde siempre quisiera permanecer: azul sobre mi cabeza, azul a mis pies».

«Nunca he tocado la tierra sin sentir aumentar mi amor por el mar profundo y sin querer volver lo más luego a su seno agitado, como el pájaro que vuelve al nido de su madre».

«El mar es mi verdadera madre: en él nací, en él quisiera morir».

El mundo moderno, con su vertiginosidad y su «struggle for life» está acabando con *Merry England*. «Time is money» reina despoticamente y la canción, para la que el pasar del tiempo no era sino que una invitación al placer, está reducida a acompañar la vuelta del trabajo, único momento en que el espíritu puede liberarse de la preocupación material.

«Humour», palabra nueva, está más en boga y en su alegría hay despecho y hay crítica mordaz, pero falta en ella esa ingenuidad de los tiempos primitivos, menos científica si se quiere, menos conocedora del mundo quizá, pero más sana en su finalidad, más buena en su modo de contemplar las cosas de la vida.

Guillermo Echenique Correa.

